

Reseñas

Reviews

Natàlia Rodríguez Inda

M. ZAMBRANO, *Poemas*, Javier Sánchez Menéndez (ed.), Sevilla, Ediciones de la Isla de Siltolá, 2018.

1. Zambrano, M., *Filosofía y poesía*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2013, pág. 13.

La razón poética de María Zambrano no es solo poesía. Tal y como explica en *Filosofía y poesía*, «[n]o se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía»¹ Lo que busca la pensadora es una razón capaz de acoger la poesía en el pensamiento; razón poética es demanda de la abertura del *logos* al *pathos* para incluir lo que ha quedado excluido por la razón más sistemática y abstracta: la vida. Así pues, en ella habitan poesía y filosofía, vinculadas de nuevo en el intento zambraniano de volver al origen. Sin embargo, se torna indispensable leer la poesía de la autora en tanto que lugar de *poiesis*, de creación, y también como expresión de lo vivo, del territorio vital humano, es decir, de la vida del sentir. La poesía es, para la pensadora, ese atisbo de supervivencia del sentir que, pese al pulso destructivo contra aquello que se escapa de la lógica de la razón sistemática y de su orden discursivo, revive en cada verso.

Los poemas de María Zambrano ya habían visto la luz en el volumen VI de sus *Obras completas* publicadas por Galaxia Gutenberg, bajo la dirección de Jesús Moreno Sanz. En esta nueva edición de la poesía de Zambrano a cargo de Javier Sánchez Menéndez, se ofrece una selección de veinticuatro poemas, veinte textos en prosa —que el editor entiende también como «delirios líricos»— y seis escritos breves, todos ellos numerados, con información acerca de la cronología y de su respectiva procedencia. La selección de poemas viene acompañada de un anexo titulado «La palabra», en el que Zambrano comenta su libro *Claros del bosque* atendiendo a su modo de entender la palabra como principio, como «palabra naciente» en la que el significado está todavía por establecer. Y es por ello por lo que este breve texto se incluye aquí, en un libro de poemas en los que la palabra poética, más allá de ser un mero utensilio del lenguaje, da lugar a una resignificación del lenguaje.

En la edición llevada a cabo por Sánchez Menéndez abundan las aclaraciones acerca de la obra y los textos elegidos. Para esta selección de escritos poéticos de Zambrano, el editor procura una introducción al pensamiento y obra de la autora. Dicha introducción facilita un acompañado acercamiento al trasfondo filosófico

que sostiene su trabajo poético. No solo encontramos un recorrido por su obra —y sus respectivas etapas—, sino que también se explican algunos de los puntos clave de ese trasfondo, como la preocupación e inquietud que despierta en Zambrano el hermetismo de la vida del sentir que impera en Europa, la relación —conflictiva— entre filosofía y poesía desde su nacimiento, la conexión del poetizar con el misticismo y la importancia del instante de la aurora. Además de atender al conflicto o tensión entre filosofía y poesía, Sánchez Menéndez presta atención a las particularidades del poetizar que resultan importantes para Zambrano.

La información que facilita el editor permite una lectura en profundidad de los poemas y textos que se recogen, si bien no se trata de un escrito que pretenda ser meramente académico o especializado. Así pues, un lector no experto en la obra de Zambrano podrá apreciar y seguir sus pasos a través de los poemas y textos que aquí se compilan.

María Zambrano escribe poesía pero no la publica ni distribuye. Sánchez Menéndez explica en su introducción que la autora tan solo deja que vean la luz algunos poemas cuando los incluye en su correspondencia o los muestra, en muy raras ocasiones, ya que ella no se considera poeta. Ese trabajo que en su vida queda en un lugar íntimo de recogimiento, que no decide publicar como sí hizo con sus ensayos, es poesía, es decir, «palabra irracional» que permite expresar lo vital o, en términos de Miguel de Unamuno, lo «contra-racional».

«La pasión de la pensadora por la poesía es un hecho que debemos tener muy presente para entender o para acercarnos a su pensamiento», aclara Sánchez Menéndez. Y es que Zambrano se envuelve en la poesía y la estudia desde muy joven. Por esta razón, es objetivo del editor establecer qué lugar ocupa el poetizar en el pensamiento de la autora. El supuesto del que parte es que la poesía es el núcleo del trabajo de la filósofa. La preocupación de la pensadora por la poesía empieza desde sus primeros textos. Después, tal preocupación va cogiendo forma y produce un giro en su obra en escritos como *El hombre y lo divino*, *Claros del bosque* y *De la Aurora*, entre otros. Para Sánchez Menéndez, «[l]a obra de María Zambrano posee una gran raíz poética, y va desarrollándose desde un tronco común y unitario. Es como un gran árbol con sus ramas. La copa de ese árbol, la corona, el colofón, es la obra *Los bienaventurados*», texto en el que puede llegar a darse un cierto tipo de fusión entre filosofía y poesía.

La poesía como fuente inagotable de expresión de lo más íntimo no puede verse separada del resto de la obra de Zambrano. Si lo que requiere la autora es una nueva forma de acercamiento a la realidad con su razón poética, la poesía que ella misma escribe no puede pasar desapercibida ni resultar apartada de sus escritos ensayísticos. Según Sánchez Menéndez, Zambrano ve en la poesía, en sus «delirios líricos», un espacio atóxico de expresión en el cual dar salida a

2. *Ibidem*, pág. III.

pensamientos que no encajan en el discurso racional. Y así lo expresa ella misma en el texto número 5 de esta edición:

Estoy demasiado rendida para escribir, demasiado poseída. Sólo podría hacer poesía, pues la poesía es *todo* y en ella uno no tiene que escindirse. El pensar escinde a la persona; mientras el poeta es siempre *uno*. De ahí la angustia indecible, y de ahí la fuerza y la *legitimidad* de la poesía.

La violencia que, según la pensadora, caracteriza a la filosofía no se encuentra en la poesía. El poeta se mueve como lo hace el enamorado, no toma la realidad por la fuerza, no hay una voluntad de dominio del yo sobre el mundo; es él el que está encadenado al mundo y no al revés: «el poeta vive enamorado del mundo, y su apeamiento a cada cosa y al instante fugitivo de ella, a sus múltiples sombras, no significa sino la plenitud de su amor a la integridad. El poeta no puede renunciar a nada porque el verdadero objeto de su amor es el mundo».² No hay cabida, entonces, para esa violencia en la poesía.

En los poemas y en los breves escritos que recoge la presente edición, la autora lleva a la filosofía a la musicalidad del pensamiento, esto es, a la poesía. Así, en el poema 28, «El pensar, tiempo, luz» leemos: «La forma verdadera[?] es la | que responde a las entrañas | es su alimento y paz. | Su cifra. | La forma = matemática de las entrañas. | El arte. Cuando nos hace amar por = la vida y la | muerte: aceptar el paraíso y aceptar el infierno | terrestre que hemos de atravesar para llegar a él». La expresión poetizada de su pensamiento no pasa desapercibida en algunos de los textos y poemas que Sánchez Menéndez ha seleccionado. No obstante, no solo escuchamos la filosofía en el ritmo musical de la poesía; podemos ver, también, cómo Zambrano desnuda su alma en busca de un acercamiento al mundo que no sea producto de un gesto violento, y en la que la realidad plasmada en sus versos se revele sin imposición racional del que la recibe, sin encajes racionales, que resultan ser una limitación conceptual de la realidad. Dicho acercamiento se lleva a cabo desde la entraña misma, desde ese lugar donde habita el sentir: el alma. La poesía es, por tanto, el lugar de amparo de los sentimientos que resultan inasibles para un tipo de racionalidad que, desde el mito de la caverna de Platón, impera en el modo de conocimiento de Occidente.

La poesía es, entonces, palabra irracional, lugar de manifestación de lo oculto, de «lo otro» de la racionalidad moderna. La poesía es, precisamente, el modo irracional de manifestación de la vida íntima, de la vida del sentir alejada forzosamente de la racionalidad más descarnada. Tal y como argumenta Sánchez Menéndez, «[l]a poesía de María Zambrano es una poesía fundamentada en la propia musicalidad del pensamiento, pero un pensamiento que “piadosamente” busca saber tratar “con lo otro”, y, en sus palabras, “como otro”. En el fondo es *furor*, siempre que lo entendamos como aquello que escapa de lo puramente racional, precisamente como delirio inspirado, y ese *furor* es poesía».



Marta Negre. *Valle*, 2019

Marta Crespo Campos*C. PEINADO ELLIOT, *Tras la huella de María Zambrano. Lo sagrado en la generación poética de los 70*, Granada, Comares, 2018.*

La búsqueda de lo sagrado conforma una de las líneas fundamentales de la poesía moderna desde el Romanticismo y su consagración de la palabra poética como conocimiento que pone en crisis la razón instrumental ilustrada. En este mismo sentido, el libro que aquí reseñamos ofrece una minuciosa incursión en uno de los modos en que el fenómeno poético ha tratado de ocuparse de un terreno extirpado por el racionalismo: el espacio del misterio, lo mágico, lo Otro y, en última instancia, lo sagrado, cuya alteridad absoluta impide que pueda ser expresado mediante una conciencia no fisurada del lenguaje. Carlos Peinado Elliot identifica en el presente volumen dicha corriente de la modernidad «de duración larga», según señala, por la que la poesía asume la tarea de desinstrumentalizar el lenguaje y resacralizar el mundo dentro de un contexto nihilista que reclama el poder de conjuro de la palabra y que reformula, así, una concepción órfico-pitagórica de la poesía.

A partir de estas coordenadas, desde un enfoque transversal, sincrónico y diacrónico, que apunta hacia la comprensión de la literatura a partir del siglo XIX «como un todo», Peinado Elliot propone en este libro un estudio exhaustivo sobre la catalización en las letras españolas del pensamiento poético órfico, entroncado en la tradición hispánica por la obra y figura de María Zambrano. Así, rastrea la huella del orfismo zambraniano en cinco poetas —Andrés Sánchez Robayna, Antonio Colinas, Chantal Maillard, Clara Janés y César Antonio Molina— que empiezan a publicar sus primeras obras a partir de los años setenta, con la excepción de Maillard —cuya inclusión en este volumen, por otra parte, resulta imprescindible teniendo en cuenta su estrecha vinculación con el pensamiento de Zambrano—. Este trabajo supone por todo ello una interesante y rigurosa aportación que invita a pensar las derivas poéticas de voces actuales con una importante visibilidad como manifestaciones contemporáneas de un pensamiento poético de largo recorrido, dentro de lo que Peinado Elliot considera la «etapa posmoderna del orfismo».

El libro se abre con un breve capítulo donde el autor realiza con gran acierto un compendio de las problemáticas modernas a las que el escritor trata de responder y que acaban configurando distintas posturas estéticas, para proceder posteriormente a un desglose de la relación entre dicha corriente órfica de ascendencia romántica y la tradición rupturista de vanguardia: las «poéticas del fragmento», «experimentales y modernistas», según señala con Santiáñez-Tió, que encuentran su materialización formal en el simbolismo, la metapoesía o la poesía del silencio. En esta línea inscribe a los poetas analizados en el volumen, que rechazan los enfoques poéticos realistas con una voluntad de urdir la pregunta sobre cómo decir lo indecible.

Tras este capítulo inicial, la primera parte del volumen —que se corresponde con la primera parte del título del libro: «Tras la huella de María Zambrano»— sintetiza los núcleos conceptuales y teóricos del orfismo poético en Zambrano y su encarnación concreta en cada uno de los poetas escogidos. Estos conceptos titulan los apartados dedicados a ellos en esta parte: 1) inspiración, disponibilidad y escucha; 2) ritmo y poema; 3) orfismo: canto y liturgia; 4) poesía y oración; 5) lo indecible y el silencio; 6) la palabra del origen; 7) simbolismo —concretado en constelaciones de símbolos compartidas por los cinco autores. Peinado Elliot, así, descubre en estos autores una concepción común de lo poético vinculado a la religión en el sentido etimológico de la palabra, es decir, como un *re-ligare* que le devuelve al hombre la unidad perdida, por más que este concepto se resignifique en direcciones distintas según cada poeta.

La segunda parte —«Lo sagrado en la generación poética de los 70: la poesía como iniciación»— constituye un estudio pormenorizado de los cinco autores, ahora ya no solo desde el punto de vista de su enraizamiento con los conceptos desarrollados en la primera parte, sino también teniendo en cuenta la articulación de estos dentro la trayectoria de cada poeta, en un recorrido extenso y detallado por sus distintas obras. Sin embargo, es necesario adentrarse en una lectura atenta de estas páginas para profundizar en la singularidad de las propuestas poéticas, pues el trabajo que realiza Peinado Elliot conlleva en cierto modo una lectura que las aúna en un mismo proyecto estético de imbricación de poesía y vida, visible en el carácter iniciático de la trayectoria poética de todos ellos, que se ofrece como una sabiduría de la experiencia capaz de guiar al lector —de ahí su recurrencia a géneros que entretejen lo autobiográfico con lo poético— en un itinerario sagrado hacia la iluminación teñido de una común influencia oriental.

Como queda señalado en la nota preliminar, si bien en un principio este proyecto pretendía rastrear la huella del pensamiento de Zambrano en la poesía española posterior, el libro se acaba convirtiendo en un extraordinario recorrido nutrido de referencias por cinco poéticas que sintetizan el resurgimiento de la concepción sacramental de la poesía en el contexto inmediatamente postdictatorial, en el cual la revisión de los lenguajes poéticos entronca directamente con el orfismo, aquí de filiación zambranianiana. Cinco poéticas que, a fuerza de trabajar desde el símbolo y el silencio, como dice Peinado Elliot, «participan del movimiento generacional de ruptura del realismo» y consolidan, así, la restauración de la «tradición de la ruptura» frente a la hegemonía del panorama poético por parte de la poesía de la experiencia.

Por su transversalidad y profundidad, este volumen constituye una aportación de gran interés tanto para el ahondamiento en la influencia del pensamiento zambranianiano y en la lectura de los cinco poetas aquí estudiados, como para la reflexión general en torno a la poesía y su relación con lo sagrado.

Juan de Miguel

M. ZAMBRANO, *El idiota*, seguido de ensayos de: Clément Rosset, Walter Benjamin, José Luis Pardo, Chantal Maillard, Ignacio Castro Rey, Juan Arnau, Jorge Gimeno, Ana-Luisa Ramírez y Esperanza López Parada, Pre-Textos, Valencia, 2019.

En el mejor de los casos, la lectura de *El idiota* de Dostoievski nos hará querer parecernos (no importarán sus tropiezos, sus torpezas, sus fracasos y sus penas; importará la nobleza espiritual) a su protagonista, el príncipe Mishkin. Nos tildarán de ingenuos, de quijotes; tanto mejor: querrá decir que hemos logrado nuestro propósito. No, no es esta acusación paternalista («¡cándido!»), como si de un insulto se tratara) la que nos ha de preocupar, sino precisamente la contraria; pues ¿acaso puede uno volverse idiota a voluntad? ¿Existe una inocencia no nata; puede aquel que se reconoce un día demasiado intelectual, o demasiado soberbio (que se da cuenta con horror de que *es alguien*), regresar arrepentido a la humildad y al candor y a la maravilla? Tengo mis dudas; resulta por eso arriesgado escribir sobre la idiocia, porque escribir sobre algo significa tener algo que decir, que es precisamente de lo que carece el idiota (quiero decir que carece, al menos, de la convicción de tenerlo, como en aquel cuento de Nasrudín).

Los autores de los diez textos que componen este otro *El idiota* que publica Pre-Textos proponen distintas formas de navegar entre la Escila de la pedantería y la Caribdis de la impostura para hablar sobre un tema (una figura, un personaje) que es alérgico a ambas. Se trata de una sucesión de breves ensayos, empezando por uno de María Zambrano que da título al volumen («Un capítulo de la palabra: “el idiota”»), seguido de nueve reflexiones de pensadores contemporáneos o, si se quiere, ocho contemporáneos (que escriben o han escrito en el siglo XXI) más Walter Benjamin. Los tres primeros escritos (los de los difuntos: Zambrano, el filósofo Clément Rosset, recientemente fallecido, y Benjamin) son quizá los más distintos entre sí: Zambrano se refiere a un modo límite del alma humana; Rosset habla de la alegría, «amor a lo real» (es el epílogo a su *Le réel. Traité de l'idiotie*); y Benjamin (en un lúcido artículo de juventud), de la inmortalidad como rasgo definitorio del personaje de Dostoievski. Pero ya aquí asoman los parentescos, por ejemplo en el hecho de que la soledad absoluta del idiota (más astro que humano, con atmósfera y órbita propias) de Zambrano, quien no parece tener en cuenta al príncipe Mishkin (pero sí, por cierto, al Oswald del final de *Espectros*, ese que repite «el sol»), es también el aislamiento del héroe dostoievskiano, según apunta Benjamin: «este hombre es totalmente inaccesible y su vida irradia un orden cuyo centro es precisamente la propia soledad, madura hasta el punto de desaparecer» (pág. 44).

La heterogeneidad de los textos, lo subterráneo de sus diálogos (¿quién habla con quién?) no supone traba a la inteligibilidad ni

desacierto editorial algunos, sino una prueba de fidelidad etimológica. Lo idiota, lo singular y único, lo no común, según su sentido griego, es por eso mismo lo inclasificable (José Luis Pardo), es lo real sin significación (Rosset); limar las diferencias de los individuos en su idiotez para llegar al concepto o al cuadro clínico es una violencia (Esperanza López Parada) y la misma «categoría “idiota”, puesta a contribución por el sistema de cosas, es, bajo la apariencia de no serlo, una categoría dominadora» (Jorge Gimeno, pág. 99). *El idiota*, que lo sabe, deja ser a la idiotez, de modo que vamos por sus páginas siguiendo las errancias de unos anormales hartos diferentes, que nos llevan con sonrisa boba por caminos inesperados, a veces colisionando unos contra otros, sin afán ni idea de unanimidad. Si tuviera que (traicioneramente) proponer un orden en estas diez idiocias, diría que existe, en primer lugar, una distinción entre *el* idiota como sujeto (en los límites de lo) humano y *lo* idiota como característica de los objetos del mundo. A esto segundo dirigen su mirada Rosset, en un texto de regeneradora belleza literaria y ética, y Pardo, que a un problema filosófico (¿es la intimidad inconfesable?, ¿está por eso cada ser condenado al solipsismo?) propone una salida estética (lo es, pero no es inefable: contémplese el idiota de Velázquez).

En cuanto al idiota sujeto, puede serlo en varios sentidos: espiritual, epistémico, político y existencial. Al idiota espiritual lo hallamos en su redondez en las páginas escritas por Chantal Maillard, para quien el «pobre de mente» es aquel que habita el Aquí, donde no se da el yo: no hay, por tanto, relato, ni destino, ni agonismo (todos los cuales necesitan de un personaje); tampoco conocimiento, que se sostiene, como el yo, en la repetición, mientras que en «el Aquí todo es maravilla» (pág. 51). Así cobra más cuerpo la idiotez epistémica: el idiota es aquel que preserva el desconcierto, que mantiene intacto el asombro que, de hecho, posibilita la filosofía, aunque sea para ser inmediatamente sepultado por ella (Pardo). El texto de Juan Arnau, elogio del escepticismo, lo es igualmente de la estulticia porque sostiene algo muy semejante: el descreído es un *docto ignorante* porque escoge acercarse al mundo con un perpetuo desconocimiento. El idiota político, que destaca en el ensayo de Ignacio Castro Rey, es, por su parte, aquel que, con su existencia franca, denuncia tácitamente (¡sin pretenderlo, porque es compasivo hasta el paroxismo!) la brutalidad de una sociedad que ha hecho del cálculo su criterio relacional: «para sobrevivir a la policía moderna se trataría de pensar con lo más atrasado de nosotros mismos, aquello que tenemos más libre de las capas de maquillaje social que nos han caído encima» (pág. 73). ¿Y el idiota existencial? Es aquel que Jorge Gimeno llama «pricipiante de uno mismo, de la razón, de la humanidad» (pág. 93), en resonancia de Zambrano, que lo dice con su acostumbrada poesía: el idiota permanece «en estado naciente, como un alba cuajada» (pág. 22).

Culminan el libro dos anécdotas (en el mejor sentido del término), que vienen a concretar lo que el resto de los ensayos solo pueden

elaborar en abstracción: la historia de Petit Pierre *sin-terminar* (Ana-Luisa Ramírez), cuyas tenacidad e inventiva imposibilitan, igual que ante *El Niño de Vallecas*, cualquier asomo de condescendencia; y una reflexión foucaultiana de Esperanza López Parada sobre la generalización de lo singular a partir de los pacientes del decimonónico Pennsylvania Imbecile Asylum.

¿Por qué debería, pues, interesarnos el idiota a nosotros, que nos ocupamos de lo inteligible? Porque lo mejor que tenemos (el asombro, la presencia, la infancia y la inocencia) se los debemos a la idiocia. También *El idiota* de Zambrano *et alii* es una invitación a salvar al *anormal* que, si somos afortunados, no ha dejado de habitararnos.



Alejandro Pérez LópezA. COLINAS, *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos*, Siruela, Madrid, 2019.

No hay nada en el libro de Antonio Colinas que no revele devoción. Adepto del pensamiento de Zambrano, el autor nos plantea un ejercicio de reconocimiento (de rastreo e indagación, pero sobre todo de puesta en valor), una glosa que no se ciñe al recuerdo apologético de una amistad sabia y cómplice, sino que es un intento de situar a la autora a la altura del momento histórico que le tocó vivir: como figura central del pensamiento español y europeo, como figura central también de su historia.

De carácter fundamentalmente testimonial, *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos* hace suya la premisa zambraniana según la cual escribir es «defender la soledad en la que se está», así como «descubrir el secreto y comunicarlo» (pág. 12). A través de cartas, entrevistas o de los diálogos de Zambrano con el propio autor, Antonio Colinas va articulando un panorama vital que nos permite, partiendo de lo íntimo, arrojar luz sobre esos «misterios» que pueblan la vida y pensamiento de la filósofa. Compañero de viaje en la misma trayectoria intelectual que retrata, en la que «tiempo y memoria, poesía y pensamiento van “saltando de una a otra sin capricho alguno”» (pág. 205), Antonio Colinas se mueve con soltura a lo largo de un texto cuya escritura fragmentaria y poética remeda la propia forma del pensar zambraniano; la facilidad con la que hilvana retazos de vida, obra y contexto histórico e intelectual dentro del caleidoscópico marco propuesto confirma al autor como perfecto conocedor de la materia, así como de las investigaciones bibliográficas más recientes. Una conjunción de claridad y erudición que lo hace igualmente apto tanto para profanos como para ya iniciados en el pensamiento de la autora andaluza.

La misma polivocidad también se hace patente al intentar encasillar un texto que apela demasiado a la subjetividad como para adecuarse a los parámetros del estudio o análisis académico clásico («a veces, escribiendo, he sido consciente de que me perdía la subjetividad», pág. 390), y que quizá no sea lo suficiente exhaustivo y dilatado como para que podamos hablar de una biografía al uso. Pues el interés de Antonio Colinas no descansa tanto en profundizar en cada uno de estos aspectos por separado (vida y obra), cuanto en hacer resonar las influencias de la primera sobre la segunda. Es la reivindicación de una filosofía alejada de lo sistemático, una filosofía que expresa en la palabra poética la cristalización de un pensamiento vuelto hacia el interior, surgido en conjunción con el sentimiento y la experiencia. Es un ejercicio de hermenéutica vital antes que textual, que proyecta, a través de los años segovianos de María Zambrano, de los años de la guerra, de su estancia en Italia o en La Pièce, de su vuelta a España en los ochenta, o de la revisión de su amistad con Machado, Cela, Lezama Lima, Ramón Gaya, Ortega y

Gasset, Unamuno, Elena Croce, etc., la cartografía vital e intelectual de la autora. Pero es, sobre todo, una carta de amor, un libro escrito desde la devoción y la entrega a la amistad y al magisterio de una filósofa, mentora y confidente.

Nos parece, sin embargo, que este carácter laudatorio dificulta una valoración del ensayo en términos exclusivamente analíticos. No tanto por la ausencia de una labor crítica exhaustiva, secundaria en un texto de este cariz, cuanto por el excesivo celo puesto a la hora de defender la presunción de inocencia de la autora sobre acusaciones que nadie parece haber levantado; en el análisis de Antonio Colinas, lo «religioso» y lo «político» son continuamente reenviados hacia terrenos más neutros, como el de lo sagrado, o el del compromiso existencial y espiritual (pág. 82), como si el hacerse cargo de la totalidad semántica, histórica y filosófica que conllevan los primeros supusiera un descrédito o minusvalor de la obra de Zambrano. En su intento por erigirla como figura ejemplarizante del hacer filosófico y, ante todo, como figura de consenso desde la que superar la retórica de las dos Españas machadianas, el autor opone dialécticamente un pensamiento de lo *esencial* zambraniano a otro de lo *político*, donde identifica este último con lo ideológico, y su ausencia, con la objetividad e independencia intelectual (pág. 247). Sin embargo, parece evidente que no existe nada más político que explicar la historia del siglo xx español apelando a un cainismo y resentimiento esencializados (pág. 131), así como es político intentar hacer un uso nacionalizador de la obra de Zambrano, buscando construir el relato de la guerra civil desde el conflicto histórico y redirigirlo hacia el terreno de lo subjetivo y de la memoria individual. Para Antonio Colinas, la obra de Zambrano nos movería a priorizar lo íntimo sobre lo expresivo, lo personal sobre lo institucional, el perdón sobre la justicia en aras de superar ese conflicto:

«El legalismo solo permite una miope justicia, que no potencia la esperanza humana, que desea cambiar y comenzar de nuevo. El perdón nos sitúa siempre en el futuro y se aleja de cualquier resentimiento del pasado». Una buena medida también para quienes sufren el resentimiento político (pág. 200).

O también:

[...] mirar hacia el pasado desde la memoria sin ira permite extraer de ella cuanto hubo de lección que no se debe repetir en lo que tuvo de negativo. Porque hay momentos en los que la memoria fue una herida que sangraba. Pero esa herida cauterizó. Fue una cicatriz cerrada. A veces la cicatriz se resiente o duele, pero la herida ya está cerrada, no sangra. Pero volver a abrirla supone tornar a la pugna ideológica radical, a la «enfermedad». O a la sangre (pág. 388).

Nada más lejos de las intenciones de este escrito juzgar y dirimir la verdad de tales hechos. El problema es, en todo caso, argumentativo

y de método. Pues en realidad no se percibe tanto una voluntad ideológica, sino un intento de atajar un problema acuciante desde la condición *salvífica* que el autor encuentra en el pensamiento zambrano:

[...] la lógica diferencia que debe haber entre maestro [Ortega] y discípulo, la que se abre entre cualquier pensamiento histórico-sistemático, y la razón poética; entre la palabra que define la realidad (o la copia) y la palabra que desea arriesgar para *hallar*, para alcanzar un nuevo *saber* que de verdad sane y salve (pág. 142).

Seríamos injustos, pues, si no viéramos más allá. Porque si algo define *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos* es justamente su carácter poliédrico, su capacidad para articular una imagen de María Zambrano desde un pensamiento de las ruinas (intelectuales y vitales), desde el instante y la historia, y como superación de ambos; este libro es una reivindicación del privilegio epistémico de la palabra poética, sin por ello quedarse en una simple loa a lo literario; y es, también, un intento de hacer poesía a partir del caos de una vida, de la memoria y su desorden: «convertir el delirio en razón sin abolirlo, ese es el logro de la poesía» (pág. 31).